ISSN: 0122-2066 | **eISSN:** 2145-8499
Anuario de Historia Regional y de las Fronteras
vol. 31 n. °1

6 de septiembre de 1952: el fracaso de un pacto bipartidista en Colombia

September 6, 1952: The Failure of a Bipartisan Pact in Colombia

6 de setembro de 1952: o fracasso de um pacto bipartidário na Colômbia

Diego Alfonso Landínez Guio[1]

[1]Candidato a Doctor en Filosofía, Universidad Javeriana. Magíster en Filosofía de la Universidad Nacional. Profesor de Filosofía, de la Universidad La Gran Colombia. Correo electrónico: dalandinezg@hotmail.com Código **ORCID:** 0000-0002-9902-6539

Fecha de postulación: 04/06/2024
Fecha de aceptación: 15/09/2025

Referencia para citar este artículo: Ladinez Guio, Diego Alfonso. «6 de septiembre de 1952: el fracaso de un pacto bipartidista en Colombia». *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 31.1 (2026): pp. 111-135 DOI: https://doi.org/10.18273/revanu.v31n1-2026004

Resumen

El presente artículo tiene por objetivo delinear el conflicto político que enfrentó a las élites colombianas liberales y conservadoras con respecto al llamado «Pacto de octubre» de 1951, con el fin de situar los ataques del 6 de septiembre de 1952, en el marco de lo que se ha denominado La Violencia. Metodológicamente se examina la prensa partidista de comienzos de los años cincuenta, para establecer las estrategias discursivas que tanto liberales como conservadores utilizaban para identificar a su enemigo y para ocultar sus propias divisiones internas, en la construcción de su versión periodística de las coyunturas políticas de la época. Se propone que el ataque político del 6 de septiembre de 1952 fue uno de los resultados del fracaso de los Directorios por establecer un diálogo exclusivo y excluyente entre las élites de los partidos, en un proceso en el que el Partido Liberal perdió incidencia política y en el que el Partido Conservador no pudo ocultar la profunda crisis que antecedió a la caída de su hegemonía.

Palabras clave
Tesauro: violencia, prensa.
Autor: pacto bipartidista, Partido Liberal, Partido Conservador, reforma constitucional.

Abstract

This article examines the political conflict between Colombia's liberal and conservative elites surrounding the so-called Pacto de Octubre of 1951, with the aim of contextualizing the attacks of September 6, 1952, within the period known as La Violencia. Methodologically, the study analyzes the partisan press of the early 1950s to identify the discursive strategies employed by both liberals and conservatives to define their political adversary and to conceal their internal divisions while constructing journalistic interpretations of the political context of the time. The article proposes that the political attack of September 6, 1952, resulted from the failure of party leaderships to consolidate an exclusive and exclusionary dialogue between the elites of both parties, a process through which the Liberal Party lost political influence and the Conservative Party proved unable to conceal the deep crisis that preceded the collapse of its hegemony.

Keywords
Thesaurus: *violencia, press.*
Author: *bipartisan pact, Liberal Party, Conservative Party, constitutional reform.*

Resumo

O objetivo deste artigo é delinear o conflito político que confrontou as elites colombianas liberais e conservadoras em torno do chamado «Pacto de Octubre» de 1951, a fim de contextualizar os ataques de 6 de setembro de 1952 no âmbito do que se denominou «La Violencia». Metodologicamente, analisa-se a imprensa partidária do início da década de 1950, buscando identificar as estratégias discursivas utilizadas tanto por liberais quanto por conservadores para definir seu inimigo e ocultar suas próprias divisões internas na construção de sua versão jornalística das conjunturas políticas da época. Propõe-se que o ataque político de 6 de setembro de 1952 foi um dos resultados do fracasso dos diretórios partidários em consolidar um diálogo exclusivo e excludente entre as elites dos partidos, em um processo no qual o Partido Liberal perdeu influência política e o Partido Conservador não conseguiu encobrir a profunda crise que antecedeu a queda de sua hegemonia.

Palavras-chave
Tesauro: *violencia, imprensa.*
Autor: *pacto bipartidário, Partido Liberal, Partido Conservador, reforma constitucional.*

1. Introducción

El 6 de septiembre de 1952, las viviendas de los principales líderes del Partido Liberal, así como su prensa, fueron atacadas tras el sepelio de cinco policías en Bogotá. Para algunos observadores contemporáneos, el hecho contó con la complicidad del gobierno,[1] e incluso fue ejecutado por los «pájaros», que no ocultaban sus nexos con la violencia oficial.[2] Para los acusados de la época fue, sin embargo, una respuesta a la violencia liberal del 9 de abril de 1948. Algunos investigadores señalan que esta fecha representa el traslado del conflicto bipartidista del campo hacia la ciudad[3] y en el que sus consecuencias llegaron hasta las élites del país.[4] Para otros, el ataque conservador fue la respuesta exagerada a la beligerancia de la República Liberal[5] y la imposición del conservatismo sobre la colectividad opositora.[6] Para Martz los incendios traslucen el choque violento y desigual entre el partido gobernante y una oposición impotente y vacilante[7], mientras que desde la óptica del «derrumbe parcial del Estado»[8] no fue otra cosa que el resultado de una violencia endémica que se hizo imposible de controlar por los medios institucionales. Para Henderson[9] el ataque se perpetró como parte de la venganza conservadora que había tomado fuerza desde 1947. No obstante, en la mayoría de los casos, el análisis historiográfico de estos acontecimientos se limita a ser una remembranza anecdótica o como una especie de «Bogotazo al revés».[10]

Pero ¿de qué marea comprender estos sucesos a partir de la coyuntura política en la que se enraízan y qué permite comprender, al mismo tiempo, de ella? Algunos acontecimientos permiten vislumbrar las encrucijadas de una época, los problemas que afronta y los elementos ideológicos que guían sus acciones. Los ataques del 6 de septiembre de 1952 son, precisamente, sucesos de tal naturaleza, pues en ellos confluye un legado de violencia irresuelta, las dificultades de los distintos actores políticos para asumir su responsabilidad y los impedimentos materiales, tanto como conceptuales, para mitigar el conflicto; pero además, y es

[1] Santos Molano, Enrique. «La historia de un sábado en llamas para la prensa colombiana». *El Tiempo* (6 de sep. 2012). Extraído de https://tinyurl.com/mrx6tbvv

[2] Romero, Roberto.«El 6 de septiembre de 1952 o la fiesta de los pirómanos». *Centro de Memoria, Paz y Reconciliación* (6 de sep. 2013). Extraído de https://tinyurl.com/33dhdb5x

[3] Urán, Carlos. *Rojas y la manipulación del poder* (Bogotá: Carlos Valencia editores, 1983) 50-51.

[4] Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia* (Bogotá: Siglo XXI, 1987) 524-525.

[5] *Cómo fue en incendio de las casas de Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López*, Bogotá: Documentos polémicos de América, 1976, 4.

[6] Iriarte, Alfredo. *Historias en contravía: el horrendo quinquenio, (1949-1953)* (Bogotá: Intermedio, 2005) 138.

[7] Martz, John, Colombia. *Un estudio de política contemporánea* (Bogotá: Universidad Nacional, 1969) 173-179.

[8] Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá: Instituto de estudios políticos colombianos, 1978, p. 241.

[9] James Henderson. *La modernización en Colombia*, Medellín: Universidad Nacional, 2006, pp. 445 y 524.

[10] Ayala, César. *Democracia bendita seas: Gilberto Alzate Avendaño liberado 1950-1960* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Fundación Gilberto Alzate Avendaño, 2013) 268.

este quizá uno de los elementos más importantes, estos hechos aceleraron la crisis política que debilitó la representación liberal e hicieron evidente una fractura insalvable en el partido de gobierno que resultó, menos de un año más tarde, en el golpe militar de Rojas Pinilla.[11]

Sin embargo, para comprender esta agresión de una manera más clara se hace necesario examinar las tensiones que produjo el «Pacto de octubre» de 1951, pues es en los baches que hicieron imposible su cumplimiento, así como en la identificación discursiva del conservatismo entre liberales y bandoleros donde se hace necesario buscar su detonante. Así, pues, este trabajo ofrece una reconstrucción del panorama político que condujo al fracaso de dicho pacto, con el objetivo de establecer las condiciones que hicieron posible los acontecimientos de aquel 6 de septiembre que desterró a las élites liberales del país. El sustento documental de esta investigación se encuentra en los principales periódicos liberales y conservadores del momento como *El Tiempo, El Espectador, Diario de Colombia, El País* y *El Siglo*, por la nitidez con la que se hace visible el discurso específico de cada uno de los partidos. También se recurrió a algunos testimonios de Carlos Lleras Restrepo y otros encontrados en el Archivo General de la Nación, así como al fondo de la Unidad Administrativa Especial del Cuerpo Oficial de Bomberos de Bogotá para trazar la secuencia de lo acontecido aquel sábado en la tarde.

2. El Pacto de octubre de 1951

Tras su cuestionada victoria electoral, Laureano Gómez buscó la hegemonía de su partido con el apoyo de las Fuerzas Armadas, pues la agitación de finales de 1949, que dejaba en vilo la legitimidad de su elección con el retiro liberal de los comicios presidenciales, amenazaba con agudizar la violencia política que él mismo había denunciado desde comienzos de los años treinta,[12] y que tomaba nuevas dimensiones tras el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948.[13] Sin embargo, su renuencia a promover la unidad del Partido Conservador en torno a la figura de Mariano Ospina Pérez hizo posible un diálogo lateral entre liberales y el ala conservadora que se distanciaba de la ortodoxia laureanista. Para mediados de 1951 se marcaba con claridad, además, un doble discurso que se mantenía presente en las arengas de los dos partidos tradicionales: por un lado, se decía buscar la paz del país y, por otro, se veía en el adversario un instigador oportunista de la violencia. En medio de esta tensión, se realizó la Convención Nacional Liberal del 23 de junio de 1951, donde se presentó la posición oficial del partido frente al gobierno.[14] Para Lleras Restrepo en el encuentro se propusieron salidas pacíficas al conflicto que la colectividad puso a disposición del presidente y sus ministros, pero el conservatismo

[11] Atehortúa Cruz, Adolfo León. «El golpe de Rojas y el poder de los militares», en *Folios* 31 (2010): 35.

[12] Gómez, Laureano. *Comentarios a un Régimen* (Bogotá: Editorial Minerva, 1934).

[13] Alape, Arturo. *El Bogotazo. Memorias del olvido* (Bogotá: Editorial Planeta, 1987).

[14] *El Tiempo*, junio 24 de 1951, 1.

las atacó a través de *El Siglo*[15], que en ese momento era la voz acreditada del gobierno. De hecho, el ministro de Gobierno, Domingo Sarasty, tachó el discurso liberal como «estratagema» para desconocer los esfuerzos institucionales[16] y enfatizaba en que la única voluntad de paz era el rechazo incondicional de toda acción subversiva y no veía con buenos ojos el liderazgo de López Pumarejo, Lleras Restrepo y Eduardo Santos. Para el editorialista de *El Siglo*, en el liberalismo existía una «cabeza caliente» beligerante y armada, bajo la tutela de Lleras y Santos, y una «cabeza fría», de la línea política de López, que podría representar una vía pacificadora del partido, pero que servía de señuelo público que desviaba la mirada de las verdaderas pretensiones del Directorio.[17]

El 20 de julio de 1951, Laureano Gómez resaltó los principales aspectos positivos de su primer año de gobierno, pero también remarcó el lastre de la violencia que continuaba ensangrentando el país, señalando a los responsables como «pequeñas bandas mal armadas» que aparecían esporádicamente y que hacían parte de un movimiento «estimulado por publicaciones subversivas y radiodifusiones clandestinas cuya dirección y financiamiento ya no son un misterio para nadie».[18] El presidente señalaba un enemigo que fracasaba en su objetivo de desestabilizar el gobierno, pero implacable en sus métodos para llevar la violencia sobre el territorio nacional. Para él no se trataba de delincuencia común, sino de organizaciones subversivas que atentaban contra la legitimidad institucional. El mensaje era claro: no había oposición que pudiera derrumbar al gobierno legítimo del Partido Conservador. Para Roberto Urdaneta, en ese momento ministro de Guerra, el bandolerismo que azolaba el país se había originado el 9 de abril debido a la liberación de prisioneros peligrosos de las cárceles, entre los cuales se habían repartido armas con la connivencia de la policía liberal. En su informe del 26 de julio, que lleva como título «El Plan A del liberalismo», afirmaba que los crímenes políticos cometidos a lo largo y ancho del territorio colombiano no habían sido repudiados por todos los partidos, sino que, por el contrario, se habían dado «proposiciones de aplauso a algunos de los más desalmados cabecillas».[19]

Para el ministro era evidente que el comunismo se había infiltrado en las filas del bandolerismo y que su único propósito era «destruir la economía y lanzar al país en el caos». Pero la acusación que, como era evidente, se hacía al liberalismo, no se extendía a toda la colectividad, sino que, paradójicamente, aclaraba que la culpa de esta complicidad no era de los liberales genuinos, fieles seguidores de Rafael Uribe o Benjamín Herrera, incapaces de «trabajar conscientemente contra Colombia», sino de aquellos que se dejaban «seducir por elementos infiltrados pérfidamente dentro de sus filas».[20] Más que un señalamiento directo con respecto al presunto comunismo

[15] Lleras Restrepo, Carlos. *Crónica de mi propia vida* (Bogotá: Círculo de lectores. Tomo XI. 1983) 16-17.

[16] *El Siglo*, julio 1 de 1951, 1.

[17] *El Siglo*, julio 8 de 1951, 4.

[18] Presidente de Colombia, *Un año de gobierno 1950-1951*, Bogotá: Imprenta Nacional, 1951, 14.

[19] Presidente de Colombia. *Un año de gobierno…,* 180-181.

[20] Presidente de Colombia. *Un año de gobierno*…, 182.

de los líderes liberales, Urdaneta enfatizaba en la ambigüedad de sus propuestas de paz, pues mientras que su discurso ofrecía un regreso al orden democrático, se seguía apoyando de manera abierta a la subversión. No obstante, y pese a los ataques directos, el discurso del ministro vislumbraba que el mensaje liberal de paz no había sido ignorado. Quizá por ello el 3 de septiembre de 1951 el mismo Urdaneta, pero ya como ministro de Gobierno, exhortó tanto a López Pumarejo como a Lleras Restrepo a conformar una Comisión bipartidista con el fin de dialogar en torno a los principales problemas del país, sobre todo en términos de orden público, y acordar alguna salida política que fuera satisfactoria para las dos colectividades.[21] Pese a que Santos no fue incluido en la invitación, la Dirección Liberal la aceptó y la primera sesión tuvo lugar el 12 de septiembre, en el Ministerio de Gobierno. Era el comienzo de un nuevo pacto bipartidista que abría la posibilidad a una concertación, desde arriba, sobre el fin de la violencia.

Aunque con algunos reparos por parte de ciertos sectores liberales y la ya acostumbrada oposición del laureanismo atrincherado en *El* Siglo,[22] el 29 de septiembre la Comisión empezó a deliberar sobre el contenido del acuerdo. Lleras Restrepo y Alzate Avendaño redactaron la declaración sin mayores discrepancias. El 6 de octubre se aprobó el documento, que fue firmado por los liberales López y Lleras y los conservadores Alzate, Villarreal y Navarro.[23] El acuerdo parecía garantizar de una vez por todas la paz entre los partidos que había sido tan esquiva, pese a los esfuerzos precedentes, incluido un intento de acuerdo del 31 de marzo de 1949.[24] Incluso *El Siglo* daba muestras de la confianza que inspiraba este nuevo documento político cuando resaltaba la «enfática condenación del bandolerismo» que lo inspiraba y veía con buenos ojos el «recíproco respeto de los partidos».[25]

En el orden del documento, los directorios pactaron lo siguiente: primero, asegurar la «normalidad política», que se concebía como el respeto a las instituciones estatales, sobre todo las Fuerzas Armadas, y a las libertades para ejercer la oposición política. Segundo, la colaboración de los Directorios en el mantenimiento del orden público bajo la autoridad del gobierno. Tercero, repudiar inequívocamente todo ejercicio de la violencia que fuera en contra del orden Constitucional. Cuarto, emprender una investigación exhaustiva sobre las causas de la violencia, para lo cual era indispensable acudir a los territorios más afectados, como los Llanos, Antioquia, Tolima y Cundinamarca. Quinto, defender el derecho al debido proceso de los detenidos, sobre todo por delitos políticos, con independencia de la procedencia partidistas y sin hacer uso de tratos contrarios a la dignidad humana. Sexto, hacer posible, de manera institucional e integral, el retorno de las personas desplazadas por la violencia a sus lugares de origen. Para ello, el Estado y los partidos tenían que

[21] *El Espectador*, septiembre 4 de 1951, p. 1 y 3.

[22] Sobre este punto se puede consultar: Diego Landinez Guio, *El fuego que consumió el pacto bipartidista*, Bogotá: Universidad La Gran Colombia, 2025, 38-40.

[23] *El Tiempo*, octubre 6 de 1951, p. 1.

[24] *El Tiempo*, abril 1 de 1949, p. 1.

[25] *El Siglo*, octubre 7 de 1951, p. 1.

garantizar la restauración de sus propiedades y bienes, sin menoscabo de la vida de quienes así lo requirieran. Séptimo, adelantar la pacificación de la población por medio del desarme efectivo. Octavo, promover la libertad de prensa a través del levantamiento de la censura, con el fin de permitir la circulación de la información y la opinión, en pro de un ambiente democrático. Noveno, mejorar el andamiaje electoral y garantizar la transparencia en los comicios. Décimo, permitir el ejercicio de la oposición por parte del liberalismo sin recurrir a la violencia, en tanto que el conservatismo pudiera gobernar desde el respeto a la Constitución, a la libertad y la equidad.[26]

El Pacto de octubre no fue un acontecimiento menor para los distintos sectores políticos, pero para el liberalismo implicaba una apertura legítima para poder participar en las decisiones del Estado sin el riesgo de ser violentado por sus agentes. Para el conservatismo, incluso laureanista, también implicaba un horizonte de esperanza, pues, como señalaba *El Siglo*, «con la declaración gana ante todo el pueblo colombiano».[27] Sin embargo, para los combatientes directos, la violencia seguía siendo una realidad ineludible, el Ejército continuaba realizando consejos de guerra contra los líderes de las guerrillas y las acciones armadas no daban tregua. Casi de inmediato empezaron a surgir problemas de orden público que minaban la confianza en el pacto. Cuando empezaba a alistarse la Comisión para el viaje hacia el Llano, fueron detenidos cuatro jefes liberales de Bogotá, sindicados de promover la insurgencia en Sumapaz. Aunque no hubo imputaciones específicas más allá de la «sospecha», se acusó a los liberales de una «posible incitación a la rebelión».[28] El desarrollo del proceso judicial condujo a que se cancelara el viaje conjunto.

El ambiente político era tenso. Aunque homogéneo, el Congreso se dividía en el ala gobernista, liderada por Álvaro Gómez Hurtado, y el ala disidente de mayoría alzatista. Esta división no era ignorada por el liberalismo, que tenía en Alzate uno de sus principales interlocutores. La confrontación con el liberalismo puso, sin embrago, en evidencia las fracturas del Partido Conservador. Tras el anuncio de la enfermedad del presidente, se cernía de manera perentoria la elección de un designado que asumiera las riendas del Ejecutivo. Pero en un Congreso liderado por Alzate Avendaño, Gómez Hurtado tuvo que realizar una maniobra que pusiera de nuevo al laureanismo al mando de la colectividad: el deseo de su padre convaleciente de elegir a Urdaneta como su reemplazo. Y así se hizo. El 5 de noviembre, el hasta entonces ministro de Gobierno fue designado como presidente.[29]

Entre tanto, el liberalismo seguía movilizando sus fichas. El 16 de diciembre López inició el viaje programado al Llano, aunque sin la compañía conservadora de la Comisión. Allí fue recibido por las autoridades regionales, como antesala de su encuentro con Franco Isaza, conocido jefe guerrillero del Casanare. Vicente Laverde,

[26] *El Tiempo,* octubre 7 de 1951, p. 7.

[27] *El Siglo*, octubre 7 de 1951, p. 4.

[28] *El Tiempo*, octubre 18 de 1951, p. 7.

[29] Ayala 139-144.

abogado de la Dirección Liberal,[30] asegura que el viaje del expresidente había sido concertado y avalado por el gobierno, de acuerdo con lo estipulado en el Pacto de octubre, sin ninguna intención de proselitismo político ni de negociación con los sublevados. Sin embargo, el Senado tenía una nueva carta: la convocatoria a una Asamblea Constituyente.[31] Por supuesto, el movimiento no fue ignorado por los liberales, que vieron en esta iniciativa un nuevo obstáculo para asegurar la continuidad de los compromisos establecidos en octubre. Hacia los últimos días del año, López se refirió a las divisiones del Partido Conservador y lamentó que la disposición para la entrada en vigor del Pacto dependiera de «la pugna entre los amigos y los enemigos del senador Alzate».[32] Se cernía ya una sensación de la imposibilidad de un diálogo real que reemplazara a las vías de hecho.

3. Los incumplimientos

Desde comienzos de febrero de 1952 empiezan a ser vigentes algunas medidas de control para el comercio del ganado en los Llanos. Según el comunicado publicado en páginas de *El Siglo*, dichas medidas fueron tomadas por el gobierno por la continuidad de la violencia guerrillera, pese al viaje de López a la región a finales del año anterior. Para el general Bejarano, el bandolerismo liberal seguía actuando con impunidad en el Llano y el Ejército tenía la responsabilidad de enfrentarlo.[33] Eduardo Fonseca, feje de una de las guerrillas llaneras, también tenía como referencia el viaje de López, como una demostración del apoyo de la Dirección Liberal a la resistencia armada.[34] El 8 de febrero el Partido Liberal se reunió en el Hotel Granada de Bogotá para reiterar su compromiso con el Pacto de octubre, contra las acusaciones que la prensa conservadora había hecho, días antes, a la Dirección sobre su presunto apoyo a las guerrillas[35]. Frente a estos ataques de *El Siglo*, López reiteró el compromiso del partido con la pacificación del país. El viaje del expresidente a los Llanos fue, por tanto, objeto de las controversias de la prensa conservadora, aunque los liberales esgrimían lo estipulado en el punto cuatro del documento de octubre, donde el encuentro con las guerrillas era una condición necesaria para iniciar un proceso efectivo de pacificación.

Sin embargo, a comienzos de abril el panorama empezaría a empañarse. En los primeros días del mes el gobernador del Tolima, Francisco González, viajó al municipio de El Líbano con el fin de reunirse con algunos líderes regionales liberales y conservadores. Junto a él, se encontraba el hijo del presidente encargado, Enrique Urdaneta. Al día siguiente de terminar sus labores, la comitiva fue atacada por la guerrilla del Tolima muy cerca de la población que habían visitado. La emboscada

[30] *El Tiempo*, diciembre 30 de 1951, p. 1 y 9.

[31] *El Tiempo*, diciembre 18 de 1951, p. 1 y 18.

[32] *El Espectador*, diciembre 31 de 1951, p. 1.

[33] *El Siglo*, febrero 6 de 1952, p. 10.

[34] Fonseca Galán, Eduardo. *Los combatientes del Llano 1949-1953* (Bogotá: Universidad Incca, 1987) 15.

[35] *El Tiempo*, febrero 9 de 1952, p. 2.

dejó ocho muertos y nueve heridos, aunque ni el gobernador ni el hijo del presidente fueron alcanzados por el fuego.[36]

La indignación conservadora por lo sucedido se tradujo en nuevas recriminaciones contra el liberalismo, a quien se responsabilizó de los hechos de violencia y el gobierno respondió de manera contundente. A los pocos días, tanto el gobernador como el coronel Quintero, comandante del Ejército en el Tolima, se refirieron a la articulación entre el Ejército y la Policía en el plan de pacificación del departamento, aunque negaron las exorbitantes cifras presentadas por *El Siglo*, que hablaba de más de 200 bajas en combate.[37] Para estas autoridades, el gobierno y sus Fuerzas Armadas actuaron de manera legítima con el fin de «limpiar» El Líbano, con las garantías constitucionales a la vida y la integridad de los pobladores de la región.[38] Pese al repudio liberal frente a la violencia guerrillera, a propósito de los atentados contra el gobernador, la pluma conservadora no dejaba de atacar a su oponente ideológico desde los editoriales de *El Siglo*, que, en ocasión del aniversario del asesinato de Gaitán, seguía identificando a la Dirección Liberal con el comunismo y el bandolerismo, como instigadores de los hechos de violencia que se recrudecía desde 1948.[39]

En medio de esta disputa, la prensa de ambos partidos se centró en la magnitud de la avanzada guerrillera y en los éxitos de la fuerza pública en la pacificación del territorio, pero solo de manera marginal se ocupó de la magnitud de la respuesta del gobierno a la misma. La investigación historiográfica de Henderson sugiere que, en la operación militar que se llevó a cabo en El Líbano, «la zona fue acordonada y luego las unidades del ejército la recorrieron, matando a todos los sospechosos de ser guerrilleros. Cerca de mil quinientas personas murieron en este operativo, la mayor parte de ellas civiles que no habían estado implicados en la emboscada».[40] De acuerdo con sus datos, la acción implacable de las Fuerzas Armadas se llevó a cabo sobre la población civil, en su mayoría campesinos que «eran fusilados con el más leve pretexto, las casas quemadas y destruidas las cosechas y los alimentos».[41]

En medio de este panorama, la Iglesia Católica tuvo la iniciativa de crear un movimiento pro-paz, que se pudiera discutir en la Asamblea Nacional de Obras Católicas en Bogotá, llevada a cabo entre el 15 y el 18 de abril. Para el cierre de la Asamblea, monseñor Arturo Duque propuso una «cruzada por la paz»[42] para todos los colombianos católicos y la creación de un Comité Central que llevara a cabo las

[36] *El Siglo*, abril 6 de 1952, p. 1.

[37] *El Siglo*, abril 7 de 1952, p. 1.

[38] *El Tiempo*, abril 8 de 1952, p. 1 y 11.

[39] *El Siglo*, abril 9 de 1952, p. 1. *El Siglo*, abril 10 de 1952, p. 1, 4 y 5.

[40] Henderson. *La modernización…*, 523.

[41] Henderson, James. *Cuando Colombia se desangró. Una historia de la Violencia en metrópoli y provincia* (Bogotá: El Áncora Editores, 1984) 224.

[42] *El Espectador*, abril 18 de 1952, p. 1.

acciones del movimiento.[43] El primero de mayo la Cruzada Nacional por la Paz se puso en marcha con la venia del presidente de la República y de una delegación liberal que asistió al evento inaugural, precedido por monseñor Luque, arzobispo de Bogotá y primado de Colombia, y monseñor Duque, en calidad de gestor y primer presidente del Comité. En sus respectivas intervenciones, los prelados hicieron especial énfasis en el compromiso y la responsabilidad de la Iglesia Católica con la paz, así como en la necesidad de promover el entendimiento entre los partidos.[44] La prensa liberal no perdió la oportunidad para cubrir los eventos del Comité y en reiterar que el mensaje de la Iglesia era también el suyo, evidente en el discurso de «perdón y olvido» que pronunció el nuncio apostólico de Colombia, Antonio Samoré, por radiodifusión nacional el 18 de mayo[45]. *El Tiempo* se encargó de mostrar los puntos en común entre liberalismo y catolicismo, que la prensa conservadora ponía en entredicho, por lo menos desde los años treinta, y que repetía día a día en el cubrimiento informativo tanto como en sus editoriales.

En la noche del 19 de mayo el Comité lideró una marcha que salió del Voto Nacional y terminó en la Plaza de Bolívar, como antesala de la celebración por los 50 años de la consagración de Colombia al Sagrado Corazón de Jesús, que se repitió al día siguiente para recibir por radio el discurso del Papa Pío XII dedicado a la paz de los colombianos.[46] Aunque el mensaje fue recibido con esperanza tanto por conservadores como por liberales, esto no menguó la violencia, sobre todo en los Llanos, que dejaba pérdidas significativas para el Ejército.[47] La lucha armada no retrocedió ante las palabras del jefe de la Iglesia.

Desde comienzos de junio de 1952 el laureanismo insistía en la importancia de una reforma constitucional como un instrumento no solo para redefinir la Carta con base en las necesidades de la sociedad colombiana, sino también para dirimir aspectos estructurales concernientes a la violencia y a la dirección del Estado.[48] Desde este momento empezaba a perfilarse como su respuesta al Pacto de octubre, en el que insistían los liberales, pero del que ya tomaba distancia el gobierno. El 13 de junio se aprobaron tres decretos: dos regulaban la convocatoria extraordinaria del Congreso para el 23, y uno que reglamentaba el decreto 1338 del 31 de mayo, que conformaba la Comisión de Estudios Constitucionales (CEC).[49] En estas condiciones se iniciaron las sesiones extraordinarias y el laureanismo asumió el control del Congreso, con una aclamación de la candidatura de Ospina Pérez a la presidencia del siguiente periodo, con el fin de mostrar la unidad del partido de gobierno.[50]

[43] *El Tiempo*, abril 22 de 1952, p. 1 y 14.

[44] *El Tiempo*, mayo 3 de 1952, p. 17.

[45] *El Tiempo*, mayo 19 de 1952, p 1.

[46] *El Tiempo*, junio 20 de 1952, p 1.

[47] *El Tiempo*, junio 22 de 1952, p. 1.

[48] *El Siglo*, junio 8 de 1952, p. 4.

[49] *El Tiempo*, junio 14 de 1952, p. 1.

[50] *El Siglo*, junio 24 de 1952, p. 1 y 4.

El debate del 4 de julio, a propósito de la censura de prensa, fue decisivo para definir posiciones. Mientras que el liberalismo resaltaba el empeño del representante alzatista César Garrido para levantar la censura,[51] el diario conservador *Eco Nacional* reseñaba el debate con el titular: «La censura solo busca salvar la paz y el orden en Colombia». Alzate denunció en el Senado que la censura solo era propicia a las demandas de *El Siglo*, en calidad de diario del oficialismo, y no al país, como era necesario para el desarrollo de una prensa libre; así mismo, se enfrentó a Gómez Hurtado con respecto a las extralimitaciones del gobierno en su pretensión de acallar a la prensa de ambos partidos.[52] En respuesta a esta disputa, el ministro de Gobierno, Ignacio Andrade, comunicó días después, en un texto publicado por diarios liberales y conservadores, que la censura era una estrategia necesaria, aunque no fuera del parecer democrático del gobierno, para garantizar la seguridad y el orden de la nación; de igual manera, afirmaba que el estado de sitio, en el que se encontraba el país desde finales de 1949,[53] solo podía levantarse cuando las colectividades políticas se comprometieran con la pacificación del país y cuando se aprobara, de común acuerdo, la reforma constitucional.[54] El gobierno empezaba a debilitar su apoyo al acuerdo de octubre, en función de una opción que le permitía poner las reglas del juego político a la conveniencia de su partido, aunque buscando la legitimidad de la participación restringida del liberalismo. El cerco político se empezaba a hacer más estrecho.

El 5 de julio, el gobernador del Tolima, Eduardo Castro Osorio, aseguró que, gracias a la articulación de las Fuerzas Armadas, se había impuesto el orden público en el departamento «contra la chusma, con muy buenos resultados».[55] En abierta crítica a estas declaraciones, el Partido Liberal se pronunció ante el Congreso, en una carta enérgica fechada el 9 de julio. El documento denunciaba «los inhumanos procedimientos con que las Fuerzas Armadas, por orden y bajo la responsabilidad del Gobierno, están adelantando su acción en diferentes regiones del territorio nacional», al mismo tiempo que cuestionaba con dureza la disposición del partido de gobierno para alcanzar la paz, mientras emprendía una ola de violencia «cruel e implacable» en contra de «colombianos inocentes».[56] Como era de esperarse, el Senado negó las acusaciones y las tachó de oprobiosas de la dignidad del Ejército y la Policía.[57]

Otro aspecto de discordia fue la convocatoria a la CEC. El 11 de julio el ministro de Gobierno extendió la invitación a los Directorios con los nombres de los convocados a la Comisión. Del lado liberal se convocó a Carlos Arango, Antonio Rocha, Alfonso Araújo, Alfonso López Michelsen y Abelardo Forero; como suplentes a Arcesio Londoño, José Umaña, Ricardo Bonilla, Jorge Larrote y Julio César Turbay. De lado conservador se enlistó a Francisco de Paula Pérez, Evaristo Sourdís,

[51] *El Tiempo*, julio 5 de 1952, p. 1.

[52] *El Tiempo*, julio 8 de 1952, p. 18.

[53] *El Tiempo*, noviembre 10 de 1949, p. 1.

[54] *Sábado*, julio 12 de 1952, p. 2.

[55] *Eco Nacional*, julio 5 de 1952, p. 7.

[56] *El Espectador*, julio 12 de 1952, p. 1. *Eco Nacional*, julio 12 de 1952, p. 7.

[57] *Eco Nacional*, julio 12 de 1952, p. 1. *El Espectador*, julio 12 de 1952, p. 9.

Alfredo Araújo, Eleuterio Serna, Álvaro Gómez y Rafael Bernal; como suplentes a Carlos Vesga, Abel Naranjo, Luis Caro, Eusebio Cabrales, Ignacio Escallón y Darío Marín.[58] Entre tanto, ocurría uno de los hechos más graves desde los ataques en El Líbano meses antes: el 12 de julio los hombres de Guadalupe Salcedo asesinaron a 96 militares, en los Llanos.[59]

Cuatro días después de la matanza, la Dirección Liberal envió una carta al ministro de Gobierno para definir su posición respecto a la convocatoria a la CEC[60] y buscar que el gobierno garantizara la expresión pública de su opinión sobre la Constituyente; por supuesto, también constituía una reiteración del desconocimiento liberal de los comicios de 1949 que habían dado la presidencia a Laureano Gómez. El 18 de julio se publicaron las declaraciones del ministro de Guerra, José María Bernal, sobre los hechos del Llano, y el 19 se reprodujo la carta de la Dirección Liberal sobre la CEC, así como la respuesta de Andrade. El conservatismo simplificó y articuló a su modo tanto la protesta liberal, como las respuestas de Andrade y Bernal. *Eco Nacional* hizo especial énfasis, por ejemplo, en la promesa del ministro de Guerra de que «el ejército devolverá tranquilidad a la patria» a cualquier precio, reitero la responsabilidad liberal en los hechos y criticó la misiva de la Dirección Liberal al Congreso, puesto que, desde su perspectiva, las Fuerzas Armadas eran las víctimas del bandolerismo y no al revés, como parecía sugerir el liberalismo.[61]

El 19 de julio fue el propio Urdaneta quien dejó en claro la posición del gobierno contra el bandolerismo, en su conferencia en el teatro nacional de San Bartolomé, luego de la entrega de viviendas en el barrio Quiroga de Bogotá.[62] Su discurso se enfocó en la importancia de la familia y de proyectos urbanísticos como el que presidía, sobre todo porque era en el «núcleo de la sociedad» donde el marxismo atacaba para derrumbar los cimientos de la sociedad y desestabilizar las bases del Estado legítimo. Así mismo, reiteró el compromiso del gobierno en el proceso de pacificación del país y lamentaba lo ocurrido en el Llano en contra de los servidores públicos. Su posición hacía gala de una coherencia doctrinal con respecto a los discursos de sus ministros, en el que dejaba claro que no cedería a la paz impuesta por los opositores, si ello implicaba pasar por encima de la dignidad de las Fuerzas Armadas, por lo que sobre la subversión se haría efectiva, sin contemplación, su política «de puño cerrado».

Los liberales vieron en la alocución de Urdaneta una amenaza directa a la Dirección del partido, que, en retrospectiva, se vería cumplida el 6 de septiembre. Pese a ello, se continuaron abriendo espacios de diálogo entre los partidos y no faltó

[58] Ministerio de Gobierno. *Estudios constitucionales* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1953) 31-33.

[59] *Eco Nacional*, julio 18 de 1952, p. 1 y 7.

[60] «Carta de Alfonso López, Carlos Lleras Restrepo, José Joaquín Castro Martínez, Rafael Parga Cortés y Abelardo Forero Benavidez al Ministro de Gobierno», Bogotá, julio 16 de 1952, AGN, Fondo Presidencia de la República, *Despacho del señor presidente*. Caja 86, carpeta 9, folios 77 a 80.

[61] *Eco Nacional*, julio 18 de 1952, p. 4.

[62] *Eco Nacional*, julio 20 de 1952, p. 1 y 8.

el rechazo del liberalismo a las muertes del Llano.[63] El diálogo no se había deshecho por completo. De acuerdo con los informes de *Eco Nacional,* Ospina Pérez y López Pumarejo concertaron algunos encuentros, en calidad de personalidades reconocidas de ambos partidos, con el fin de hallar salidas que permitieran crear un ambiente de concordia, en medio de la violencia vivida en varias regiones del país, y lo mismo hicieron Forero Benavides y el presidente encargado.[64] El 3 de agosto se reunió la Dirección Nacional Liberal para definir y hacer pública su postura frente a la CEC. Dos días después se conoció la negativa irrevocable del partido a confluir en la Constituyente. Sin embargo, entre el 6 y el 7 de agosto se intentó concertar entre los partidos los puntos que debían tenerse en cuenta para la participación liberal en ella. Tras diez horas de diálogo, las comitivas no llegaron a un acuerdo y el liberalismo reafirmó su posición, al tiempo que el conservatismo mantuvo en pie la reforma.[65]

Sobre este desacuerdo, Alfredo Araujo, que fungía como miembro de la Dirección conservadora y de la CEC, afirmo en una entrevista para *El Siglo* que la delegación liberal fue obligada a renunciar en contra de la voluntad de los convocados, y que esto había quedado claro tras la última reunión de los partidos. Para él, el infortunado desenlace de las negociaciones se mostraba como «un nuevo triunfo de la política de 'cabeza caliente', cuyos conocidos corifeos han logrado enrolar en sus cuadros beligerantes al doctor Alfonso López». Su tesis, que reflejaba el sentir de la colectividad conservadora (al menos la de gobierno), era que el Pacto de octubre era una «noble declaración de principios republicanos» que, desde un marco institucional renovado, debían ser reelaborados.[66] La jugada estaba casi hecha y la propuesta de paz, con la respectiva justificación de cualquier retaliación por la violencia liberal, estaba en territorio del gobierno. No obstante, las declaraciones de Araujo fueron rechazadas por la prensa liberal, que reafirmaba la unidad del partido. *El Tiempo* publicó una entrevista con Forero Benavides para explicar de primera mano, en calidad de miembro de la comitiva que se reunión con los conservadores, las razones de la dimisión. De acuerdo con él los liberales comprendieron que bajo las reglas impuestas por el partido de gobierno era imposible contar con una garantía efectiva que les permitiera tener incidencia real en las reformas a la Carta constitucional, lo que iba en contravía con lo acordado el 6 de octubre.[67]

4. La renuncia de López

En los primeros días de agosto el gobierno realizó un homenaje a los soldados asesinados por la guerrilla del Llano y se realizó el sepelio en Bogotá. El 15 de agosto Andrade expuso al público la gestión del gobierno y sus palabras fueron replicadas por la prensa de ambos partidos. De acuerdo con *El Siglo*, el informe

[63] *Semana*, julio 26 de 1952, p. 7.

[64] *Eco Nacional*, julio 23 de 1952, p. 1 y 7.

[65] *El Espectador*, agosto 7 de 1952, p. 1 y 14.

[66] *El Siglo*, agosto 9 de 1952, p. 1.

[67] *El Tiempo*, agosto 10 de 1952, p. 10.

ministerial reiteraba la disposición del gobierno por cumplir con lo estipulado en el Pacto de octubre, sin menoscabo, como lo hacía el liberalismo, de la integridad de las Fuerzas Armadas. Para *El Tiempo*, en cambio, la intervención del ministro solo mostraba una versión muy parcial de la violencia en Colombia, que no asumía la responsabilidad de los estamentos institucionales en su perpetuación, en lo que no era otra cosa que una muestra, ya usual, de la intransigencia del gobierno.[68] Como empezaba a hacerse cada vez más evidente, el ala más radical del Partido Conservador se negaba a avalar procedimientos que se situaran por fuera de la institucionalidad del Estado, dado que estaba bajo su dirección, y esta es la razón de que se inclinara por la Constituyente más que por el Pacto de octubre como mecanismo de resolución de conflicto. La disputa no daba tregua, y el conflicto ideológico se alimentaba con cada hecho de violencia que se registraba en la prensa y, sobre todo, con la opinión que en ella se esgrimía como interpretación de la realidad colombiana.

El 16 de agosto la prensa liberal anunció la preparación de una carta que López Pumarejo iba a dirigir a Ospina Pérez, con el fin de despejar algunos aspectos no resueltos de su viaje al Llano. La expectativa de la misiva auguraba la oportunidad de que fuera posible abrir un nuevo diálogo con el conservatismo ospino-alzatista, desde la conciencia de que el Pacto de octubre requería nuevos aires. Sin embargo, al tiempo que se esperaba este acto político se anunció, de manera sorpresiva, el retiro de López de la Dirección de su partido, no sin aclarar que la dimisión del expresidente dejaba indemne la unidad del liberalismo.[69] La prensa conservadora no desaprovechó el momento para reiterar lo que había estado afirmando desde al año anterior: la profunda división interna del Partido Liberal, las presiones de su ala más beligerante y el claro desacuerdo que se había reflejado en torno a su participación en la CEC. En marcado contraste con la supuesta solidez del partido de gobierno, *Eco Nacional* ratificó la «crisis total en la Directiva Liberal», en medio de la cual la renuncia de López se debía «a la fuerte oposición que encontró en el seno de la directiva liberal su política de paz, o de la 'cabeza fría'».[70]

De uno y otro partido hubo reacciones con respecto a la salida de López, en lo que se veía como un rotundo fracaso de las negociaciones con el conservatismo, en la búsqueda de la paz entre partidos y la participación política del liberalismo en la dirección del Estado; lo más angustiante de tal decisión es que el expresidente se mostraba como la única figura del Directorio con la que el gobierno estaba dispuesta a dialogar. De parte del liberalismo Forero sugirió, no sin cierto aire resignado, que «la única conducta posible, es la del repliegue, el paréntesis, la inactividad, la prudencia».[71] En marcado contraste con la actitud a todas luces derrotista del liberalismo, *Eco Nacional* no tardó en explotar el discurso del ministro de Guerra: «Sin tregua ni descanso se combate a los bandoleros. La paz será restablecida a cualquier precio».[72] Otro tanto

[68] *El Tiempo*, agosto 16 de 1952, p. 4.

[69] *El Espectador*, agosto 23 de 1952, p. 1.

[70] *Eco Nacional*, agosto 23 de 1952, p. 1.

[71] *Sábado*, agosto 30 de 1952, p. 3.

[72] *Eco Nacional*, agosto 30 de 1952, p. 1 y 7.

hizo *El Siglo* con tono más incisivo: «El Liberalismo sirve a los planes del Soviet. Dijo en su discurso el Ministro de Guerra. El Comunismo opera a sus anchas bajo las banderas liberales». De hecho, Bernal era vehemente y no dudaba en decir lo que pensaba:

> Las fuerzas armadas vienen empeñadas con tenacidad inquebrantable y con abnegación sin límites en una lucha de condiciones difíciles, atacadas siempre por la espalda, amenazadas a cada paso de siniestras emboscadas, asesinados sin lucha y sin nobleza sus valientes hombres, contra un enemigo siniestro que ha sembrado la inseguridad, el hambre, el luto y el terror.[73]

Pero en medio de estas disputas, surge un nuevo órgano informativo del conservatismo dirigido por Alzate Avendaño, *Diario de Colombia*, que pretendía ser la plataforma mediática de la candidatura de Ospina Pérez para el siguiente periodo presidencial, como acertadamente sugiere Ayala,[74] y que, en ese momento, era el destinatario principal de la esperada carta de López. Este cambio de interlocutor, no del todo sorpresivo, era una jugada del liberalismo para restablecer parte de lo que se había ganado con el Pacto de octubre, pero que, en manos del gobierno, se había vuelto a perder. Lo que era evidente para todos los espectadores del momento es que tanto la apertura de un órgano informativo conservador alternativo como la referencia de López a Ospina podía implicar una reorientación del horizonte político en el país, pues la falta de unidad y las disputas internas eran un hecho para ambos partidos.

El 4 de septiembre, y en medio de la expectativa y la incertidumbre, los diarios bogotanos publicaron la carta de López. El documento no podía ser ignorado, ya fuera que se lo elogiara o que se lo atacar. De acuerdo con el análisis de Ayala, la difusión casi irrestricta de la misiva permitía dimensionar la importancia cardinal de la imagen de López, en tanto que demostraba ser «la voz más autorizada del partido de oposición», y sin importar el «férreo régimen de excepción, el expresidente se daba el lujo de decir sin tapujos lo que pensaba».[75] López veía en Ospina un interlocutor propicio por su aspiración presidencial, por el gran apoyo que recibía de su partido y por aparecer como una figura mediadora de la política colombiana, y por ello iniciaba su carta con las dificultades de su partido para ejercer la oposición. Recalcaba que la renuencia guerrillera hacia su política de paz se debía a la negativa del Senado a investigar las irregularidades en la acción de las Fuerzas Armadas en la lucha contra la subversión, la negligencia del gobierno frente al Pacto de octubre y la intransigencia del presidente y sus ministros.[76]

Una parte significativa de la crítica de López al aumento de la violencia se enfocaba en el silencio del Comité pro-paz, liderado por la Iglesia, frente a los abusos oficiales que habían encontrado en distintas partes del territorio sin haber hecho las denuncias correspondientes. Para el expresidente, esta negativa de la Iglesia a hacer públicos sus hallazgos no solo implicaba un acuerdo tácito con la

[73] *El Siglo*, agosto 30 de 1952, p. 1.

[74] Sobre el surgimiento de *Diario de Colombia* ver: Ayala, *Democracia bendita seas*..., cap. VIII.

[75] Ayala, *Democracia bendita seas*..., 263.

[76] *El Tiempo*, septiembre 4 de 1952, p. 9.

censura, sino que se convertía en un traspié para esclarecer la verdad de la violencia en Colombia, que era un punto clave de los acuerdos de octubre. En este panorama, López le sugería a los guerrilleros liberales no ceder ante las amenazas del gobierno, sino persistir en su lucha hasta obtener las garantías necesarias para abandonar las armas, sin dejar de lado su compromiso con la paz del país. Al final de su mensaje, el exmandatario recalcaba el fracaso de su gestión. Por esto, recurría a la buena voluntad del expresidente Ospina, como única alternativa a los tropiezos que había dejado el diálogo erosionado con el gobierno de Gómez-Urdaneta.

Para los liberales la carta reflejaba un compromiso democrático con la oposición civil, al tiempo que aparecía como una denuncia de la violencia partidista. Para Darío Echandía la misiva establecía con claridad meridiana los problemas de orden público en el país, al tiempo que relucía como una nueva invitación al conservatismo, sobre todo de la facción gobernante, a participar de un diálogo nacional abierto y genuino.[77] Para los conservadores, en cambio, las palabras de López no eran más que imprecaciones que avivaban las pasiones más beligerantes de una colectividad preocupada por el poder más que por el bienestar de la sociedad colombiana. Para El Siglo, el jefe natural del liberalismo había hecho gala de una irresponsabilidad «sectaria» que no solo faltaba a la verdad y enlodaba la buena voluntad de un gobierno que había hecho lo posible por generar un ambiente de concordia, sino que deterioraba la imagen que el conservatismo tenía de su labor.[78]

Eco Nacional evaluaba la carta como la expresión del triunfo de la facción más beligerante del liberalismo y como el punto culminante de la escisión del partido opositor, que había sucumbido a sus elementos más disolventes. Desde su perspectiva, el expresidente había errado de manera sustancial en su crítica al gobierno y en asumir la presunta incapacidad del Estado por mejorar las condiciones de orden público, de tal suerte que prefirió cambiar de interlocutor (que, aunque respetable, no tenía en sus manos la posibilidad de asumir una autoridad que no le correspondía), antes que aceptar la responsabilidad de su propio partido en los problemas del país.[79] *Diario de Colombia* tampoco estuvo de acuerdo con las invectivas contra el gobierno, pero valoraba la confianza que se ponía en el destinatario;[80] pese a su lectura crítica del discurso de López, el diario de Alzate era receptivo al nuevo diálogo político que se proponía explícita e implícitamente. Lo que era evidente para los dos espectros ideológicos era el debilitamiento progresivo de la Dirección Liberal y su vulnerabilidad más que política.

5. Las llamas del 6 de septiembre

El 2 de septiembre de 1952, un grupo de policías de la División Bogotá que se encontraba atendiendo problemas de orden público en el Tolima fue atacado por la guerrilla de la región. Pese a que intentaron defenderse y oponer resistencia,

[77] *El Espectador*, septiembre 5 de 1952, p. 1.

[78] *El Siglo*, septiembre 5 de 1952, p. 14.

[79] *Eco Nacional*, septiembre 4 de 1952, p. 4.

[80] *Diario de Colombia*, septiembre 5 de 1952, p. 4.

los oficiales Benito Anaya, Guillermo Torres, Antonio Peña, Pantaleón Jiménez y el sargento Alberto Puyo fueron asesinados de manera brutal, como lo atestiguó la comisión que recuperó los cuerpos. El informe del crimen fue entregado por el director de la Policía, general Sanjuán, el 5 del mismo mes a la Dirección de Información y Propaganda, y desde esta oficina se distribuyó la información a toda la prensa del país.[81] El sábado 6 de septiembre los periódicos más importantes, tanto liberales como conservadores, hicieron pública la noticia y anunciaron que, por directriz del gobierno, las honras fúnebres de los uniformados se realizarían en Bogotá ese mismo día. La asistencia conservadora fue multitudinaria tanto a la Iglesia de San Diego como al Cementerio Central. De acuerdo con *El Siglo*, al calor de los discursos que exaltaban el heroísmo de los caídos y el apoyo del gobierno, un «grupos de exaltados rodearon a las autoridades exigiendo de ellas a gritos mayor energía en la represión de la violencia liberal».[82]

Sobre la una de la tarde una multitud regresaba del cementerio hacia el centro de la ciudad, al parecer con intenciones de atacar *El Tiempo*. El gerente del periódico, Abdón Espinosa, recuerda haber recibido aviso sobre la una y media acerca de las intenciones de la muchedumbre, pero que había desistido de caer en una actitud alarmista, en tanto que las amenazas a la prensa liberal no eran nuevas, sino que databan de tiempo atrás, aunque ninguna había sido llevada a cabo.[83] Sobre las dos de la tarde, y sin que el gerente estuviera presente, los empleados del periódico se vieron obligados a resguardarse en el edificio, mientras que su fachada era objeto de los ataques de sus enfurecidos contradictores. Según Espinosa, fue imposible la comunicación con el Palacio de la Carrera, ya que el presidente y sus ministros habían salido de la ciudad una vez que se había terminado el sepelio.[84]

Sobre las dos de la tarde se alistaba un nuevo ataque, esta vez frente a la Casa Liberal, situada a unas cuadras de las oficinas de *El Tiempo*, cuyas instalaciones fueron destruidas.[85] El incendio fue registrado en las minutas de la Estación Central de Bomberos a las 3:13 pm, una hora después de iniciados los ataques, en la calle 16 con carrera 6. Por la magnitud de la conflagración al lugar llegó personal y maquinaria de las Estaciones Norte y Sur.[86] Al mismo tiempo, se iniciaron los primeros ataques con piedras y disparos al edificio donde operaba *El Espectador*. Cerca de las cinco de la tarde los registros de la estación sur vuelven a notificar un incendio,[87] al que las estaciones central y norte también concurrieron a las 5:02, en la calle 12 con 18:

[81] *Diario de Colombia*, septiembre 6 de 1952, p. 1; *El Colombiano*, septiembre 6 de 1952, pp. 1 y 11; *El Siglo*, septiembre 5 de 1952, pp. 1 y 13; *El Tiempo*, septiembre 6 de 1952, pp. 1 y 11.

[82] *El Siglo*, septiembre 7 de 1952, p. 1.

[83] *El Tiempo*, septiembre 6 de 1953, p. 1.

[84] *El Tiempo*, septiembre 6 de 1953, p. 22. *Diario de Colombia*, septiembre 8 de 1952, p. 2.

[85] *Diario de Colombia*, septiembre 8 de 1952, p. 6.

[86] «Minutas del oficial de servicio. Estación Central», septiembre 6 de 1952, Archivo de Bogotá, Fondo Unidad Administrativa Especial del Cuerpo Oficial de Bomberos. Caja 29, libro 4, sin foliar.

[87] «Minutas del oficial de servicio. Estación Sur», septiembre 6 de 1952, Archivo de Bogotá, Fondo Unidad Administrativa Especial del Cuerpo Oficial de Bomberos. Caja 52, libro 2, folios 12-15.

el taller de *El Tiempo*. De nuevo, el contacto con las autoridades de la ciudad fue imposible. Los bomberos fueron amenazados y tuvieron que retirarse.[88] A las 5:45 el fuego vuelve a las oficinas de *El Tiempo*, que, en este caso, empiezan a verse envueltas en las llamas producidas por la gasolina. Los empleados del periódico no abandonaron el edificio, sino que se mantenían sitiados por una pequeña aglomeración que, entre gritos y balazos, los acusaban de «cachiporros»[89]. En ese mismo momento, sobre la Avenida Jiménez, unas cuadras hacia el oriente de *El Tiempo*, *El Espectador* volvía a ser atacado.

De lo ocurrido en la Casa Liberal y en los periódicos López se mantenía informado y sabía que sería el siguiente en recibir la visita de los asaltantes. Su casa quedaba en la calle 24 con 5, en frente de la Biblioteca Nacional y al lado de la vivienda personal del presidente Urdaneta. Hacia las siete de la noche no había alternativa, los gritos y la llegada de automóviles anunciaban a la nefasta comitiva. El jefe liberal tuvo que escapar del lugar en compañía de familiares y amigos para resguardar su integridad. La destrucción de la vivienda no se hizo esperar demasiado.[90] De acuerdo con Eduardo Esguerra, miembro del Comité Católico de Paz, sobre las ocho se encontraba con el secretario del arzobispo en la cercanía de la Biblioteca Nacional y fue testigo de la conflagración. De acuerdo con él, Hernando Zamora, propietario de la casa de al lado, intentó disuadir sin éxito a los salteadores y acudió a la guardia presidencial que se encontraba en la casa de Urdaneta, que se negó a prestar cualquier tipo de ayuda. Según el testimonio del guardaespaldas de López, la asonada fue perpetrada por «un grupo reducido de frenéticos a quienes habría podido contener la simple presencia de media docena de soldados, pero que pudieron obrar libremente porque no hubo fuerza pública alguna que se le opusiera».[91]

Mientras el fuego consumía la casa de López, Lleras Restrepo se mantenía al tanto de lo ocurrido. Pese a la reunión familiar por el cumpleaños de su hija menor, las noticias de lo que estaba ocurriendo desde la tarde le llegaban de manera casi inmediata. Desde los primeros ataques a la prensa y a la Casa Liberal conocían el peligro que corrían los dirigentes del partido y que no tenían garantías del gobierno. Tras despedir a las invitadas hizo que su esposa abandonara la casa junto con sus hijos y las empleadas.[92] De acuerdo con su testimonio, Llera Restrepo tenía la intención de defenderse en compañía de cinco hombres armados con revólveres contra cerca de cincuenta personas que se habían dirigido a la propiedad, ubicada en la calle 70A, desde la calle 24, por la séptima (aunque el detalle del número de personas difiere en magnitud con respecto a la valoración de Esguerra). El cruce de disparos hizo más lento el ataque, pero el fuego tomó la casa de manera paulatina, sobre todo por el uso de la gasolina. Según el testimonio de Lleras Restrepo, la Policía llegó en medio del

[88] «Informes sobre incendios 6 de Septiembre», Bogotá, septiembre 9 de 1952, Archivo de Bogotá, Fondo Unidad Administrativa Especial del Cuerpo Oficial de Bomberos. Caja 48, libro 1, Oficio 82, p. 1.

[89] *El Tiempo*, septiembre 6 de 1953, p. 22.

[90] *El Tiempo*, septiembre 6 de 1953, p. 22.

[91] Lleras Restrepo, *Crónica…*, 432.

[92] *El Tiempo*, septiembre 6 de 1953, p. 22.

enfrentamiento. Un contingente de se instaló cerca de la residencia, pero, según lo dicho por el dirigente liberal, la respuesta fue disparar contra la casa.[93]

Tras la refriega y la imposibilidad de seguir resistiendo a la envestida, Lleras Retrepo emprendió la huida junto a sus compañeros. Una vez afuera el panorama se hizo más claro para ellos. Lleras Restrepo confirmó que la Policía había tenido el control efectivo sobre la zona y que el Ejército había hecho presencia en el lugar, sin que hubiera logrado detener la asonada. Según su relato, el mayor Berrío había intentado detener a algunos efectivos que estaban en la propiedad, pero que una vez que se había controlado el fuego la Policía continuaba en poder de la casa, dentro de la cual había podido escuchar «cómo se embriagaban, disparaban tiros de fusil, rompían todas las cosas, abrían a culata los muebles y saqueaban».[94] Lo más grave, según el dirigente liberal, es que la misma Policía continuaba buscándolo atrás de su casa, una vez que se hizo evidente que ya no se encontraba en el lugar, y que incluso ingresó a algunas residencias vecinas con el presunto objetivo de asesinarlo; finalmente, dice, «comprendimos por esto que nos hallábamos en grave riesgo (…) Entonces resolvimos pasar a la Embajada de México».[95]

6. La pausa

El 8 de septiembre *El Tiempo* volvió a publicarse con la colaboración *Diario de Colombia*, que prestó sus talleres para que pudiera editarse. El titular con el que abría su el número declaraba: «El liberalismo de todo el país con sus jefes y con su prensa», bajo el cual relataba los hechos del sábado. Su mensaje era inequívoco frente a sus detractores: «aquí estamos, en esta mañana estremecida por el duelo y por la fe, diciendo al país, al liberalismo y a la causa democrática: ¡Presente!».[96] Con estas palabras, que con seguridad recordaban al espectador de la época la consigna santista de «fe y dignidad», el diario liberal volvió a situarse en la polémica de la prensa partidista. En su nota editorial, *El Tiempo* agradecía la colaboración que le había brindado Alzate, no si subrayar su «objetividad periodística», que, sin tomar partido de la situación, había adoptado una posición crítica del sectarismo conservador que justificaba, de una u otra manera, la acción criminal de la que había sido víctima.[97]

El editorialista liberal se refería al fuerte cuestionamiento que *Diario de Colombia* había hecho a la tesis de *El País*, de Cali, según la cual había sido «la ira y el intenso dolor» de las Fuerzas Armadas por el atroz asesinato de los policías en el Tolima y una especie de revancha por el 9 de abril lo que había impulsado los desmanes del 6 de septiembre.[98] Por supuesto, el diario alzatista intentaba desligar al Partido Conservador, al menos la facción que enarbolaba la reelección de Ospina

[93] Lleras Restrepo, *Crónica*…, 421.

[94] Lleras Restrepo, *Crónica*…, 423.

[95] Lleras Restrepo, *Crónica*…, 425.

[96] *El Tiempo*, septiembre 8 de 1952, p. 4.

[97] Sobre el cubrimiento de la prensa conservadora y de la polémica al respecto, se puede consultar: Landinez, *El fuego*…, 146-155.

[98] *Diario de Colombia*, septiembre 8 de 1952, p. 4.

Pérez, de los crímenes contra el Partido Liberal, con el propósito expreso de mostrar una vía diferente para orientar la política, en un diálogo que el laureanismo se negaba a restablecer. Todo intento por justificar la violencia partidista se mostraba, a la óptica de Alzate, como una lesión a la legitimidad de la autoridad del gobierno y como una clara expresión de oportunismo de quienes, «sin tener conocimiento de causa, como en el caso de 'El País'», estarían promoviendo «un movimiento de anarquía que solo traería nuevos y más graves problemas al gobierno».[99] Sin embargo, el editorialista de *El País* aseguraba que el tratamiento dado a los hechos del sábado por parte de *Diario de Colombia* no solo era injustificado, sino que afectaba «el prestigio interno e internacional del gobierno».[100]

Pero la posición del diario caleño coincidía con la del Directorio Nacional Conservador, que también se manifestó sobre el orden público. En un texto firmado por Rafael Azuero, Elías del Hierro, Alfredo Araújo y Fernando Pulido se sostenía que los sucesos del 6 de septiembre eran el efecto de una violencia iniciada desde el ascenso liberal en1930, cuya intensidad se salió de control cuando ese mismo partido perdió el Ejecutivo y se convirtió en un movimiento subversivo, tras el ascenso conservador en 1946.[101] Pero sobre el declive de la Dirección Liberal el Partido Conservador no se fortaleció, sino que hizo más evidente su propia fractura.

En respuesta a las declaraciones de *El País* y al manifiesto del Directorio, *El Tiempo* publicó un editorial bajo el título «dos actitudes», en el que cuestionó con dureza la posición del conservatismo laureanista sobre lo que llamó la «atroz fiesta sectaria del sábado». A esta actitud dogmática y violenta, expresada a través de *El Siglo* y *El País*, contrapuso la de los «auténticos patriotas» indignados, que, pese a ser también conservadores, no dudaron en expresar su descontento frente a una «nación herida».[102] Desde luego, la voz liberal se amparaba en la autoridad de Ospina y en la prensa de Alzate para continuar atacando a su adversario, mostrando que era posible dialogar con el partido de gobierno, sin la intransigencia oficial. Entre tanto, el conservatismo seguía acentuando su división en temas de vital importancia como la pacificación o la reforma constitucional. En este contexto, se expidió la resolución 2 del 12 de septiembre de 1952, que facultaba a la censura de prensa a revisar y modificar toda clase de información que quisiera publicarse y que tratara temas de «orden público, político, cuestiones militares y de policía, investigaciones criminales o administrativas, asuntos económicos, cuestiones internacionales atañederas a Colombia».[103]

7. El silencio se impuso sobre ambos partidos

La última palabra sobre el 6 de septiembre la tuvo el presidente Urdaneta, que una semana después de lo sucedido se refirió al tema a través de la Radiodifusora

[99] *El Tiempo*, septiembre 9 de 1952, p. 4.

[100] *El País*, septiembre 9 de 1952, p. 4.

[101] *El Colombiano*, septiembre 9 de 1952, p 1.

[102] *El Tiempo*, septiembre 10 de 1952, p. 4.

[103] *Diario de Colombia*, septiembre 13 de 1952, p. 1.

Nacional. En su intervención, repudió los desmanes del sábado anterior y lamentó su ausencia. Pero dio un parte de tranquilidad a los afectados de que la investigación judicial estaba en curso, y que estaba a cargo del procurador general, de extracción liberal para asegurar su imparcialidad, pero reiteró su apoyo inequívoco e irrestricto a las Fuerzas Armadas. También aludió a la carta de López como el signo de una hostilidad del liberalismo frente al Ejército y la Policía, que no podía tolerarse, si en verdad existía un compromiso de la oposición con la paz y la concordia.[104] Sobre las medidas de seguridad a los afectados, Urdaneta reiteró el respaldo de la institucionalidad hacia los jefes liberales, aunque temía que su apoyo deliberado al bandolerismo pudiera generar nuevos incidentes. Sin embargo, afirmaba que la obediencia incondicional de las Fuerzas Armadas al orden constitucional era ya una garantía del respeto por la integridad tanto de Lleras como de López. Por ello, consideraba injustificada e incluso oprobiosa la medida de asilo político que la Dirección Liberal había gestionado en la embajada venezolana. Para el jefe de Estado, la decisión apresurada de los políticos liberales respondía más a su recelo partidista que a la falta de garantías que le ofrecía el gobierno para su protección.

El discurso de Urdaneta termina, no obstante, con un balance «positivo» de lo ocurrido. Resaltaba que los incendios no habían tenido ninguna relevancia para los bogotanos, sino que la vida cotidiana de la ciudad siguió el curso de un fin de semana ordinario, lo que era signo, para él, de la «emigración del país político al país nacional, como dijera Gaitán». El percance, que a lo sumo podría considerarse coyuntural, tampoco había afectado los mercados nacionales, por lo que su impacto había sido poco más que irrelevante. Al final, sugiere que había sido necesario «que la tragedia entrara a las calles centrales de la ciudad y que las llamas hirieran importantes empresas y los domicilios de dos prominentes ciudadanos para que despertara la conciencia pública que yacía dormida».[105]

Tras las declaraciones de Urdaneta no hubo polémica. Era evidente que el silencio al que obligaba la censura se había materializado. En la prensa conservadora se habló del talante conciliador del primer mandatario, que daba el primer paso para una «declaración mutua de paz» entre los partidos.[106] La atención se centró en las reformas que empezaban a discutirse desde la CEC y en la candidatura de Ospina. La prensa liberal desvió la mirada hacia el panorama internacional y guardó silencio sobre la CEC. Solo *El País* volvió sobre la dimisión liberal para exaltar la actitud mediadora de Forero Benavides[107] y para celebrar la disputa de Augusto Ramírez y Eduardo Sandos en Francia.[108] También *Semana* informó sobre la demanda por calumnia que interpondría Gómez Hurtado a Enrique Santos por

[104] «Conferencia del excelentísimo señor presidente de la República», Bogotá, septiembre 13 de 1952, AGN, Fondo presidencia de la República, *Dirección de Información y Prensa*. Caja 2, carpeta 1, folio 4.

[105] «Conferencia del excelentísimo señor presidente de la República», Bogotá, septiembre 13 de 1952, AGN, Fondo presidencia de la República, *Dirección de Información y Prensa*. Caja 2, carpeta 1, folios 7-8.

[106] *El País*, septiembre 14 de 1952, p. 4.

[107] *El País*, septiembre 15 de 1952, p. 4.

[108] *El País*, septiembre 17 de 1952, p. 1.

señalarlo, junto a algunos ministros, de ser «los instigadores de los incendios y los atentados de esa fecha».[109]

Urdaneta puso fin a las discusiones de la prensa, pero no por su carácter mediador, sino porque adoptó la posición de *El Siglo*, y no tuvo que referirse, ni siquiera tácitamente, al Pacto de octubre, pues era ya un hecho el triunfo de la reforma constitucional como apuesta institucional para mantener el orden en el país sin necesidad de contar con la aprobación del Partido Liberal. Finalmente, Lleras y López se instalaron en Ciudad de México,[110] y, tras su partida, la dirección del partido fue asumida por Forero, Castro y Galvis, pero la Dirección Nacional suspendió sus actividades. La apuesta liberal tras los incendios fue el silencio expectante.

8. Conclusión

El 6 de septiembre de 1952 fue el producto de las encrucijadas políticas de los Directorios de ambos partidos, en su intento fallido por pactar desde arriba una paz artificial y por ocultar sus divisiones internas. La política de los partidos y de las grandes personalidades, lo que, en términos de Deleuze y Guattari,[111] puede llamarse la «macropolítica», impedía ver el conjunto de tensiones y conflictos inherentes al ejercicio del poder, que no solo pasaba por las acciones del Estado, sino por la disciplina de partido, por la lucha armada y por las dinámicas regionales de quienes se identificaban como conservadores o liberales, pero cuya relación con los Directorios era débil. El movimiento imprevisible de estas tensiones y los desvíos prácticos y doctrinales que intentaban capturar, reorientar, castigar o legitimar los discursos, los manifiestos y las declaraciones oficiales de los partidos, es decir, la «micropolítica»,[112] evidenciaban las múltiples fracturas que atravesaban tanto al liberalismo como al conservatismo. Muy a su pesar, el juego ideológico de la prensa reflejaba estas inconsistencias cuando se enfrentaban los discursos entre sí y se atendía a lo que cada uno revelaba de los otros.

La ambivalencia de los jefes liberales ante la insurgencia provocó que las guerrillas tuvieran dinámicas propias, pese a su identidad liberal. El jefe guerrillero Eduardo Fonseca afirma que los llaneros llevaban el liberalismo «en la sangre»,[113] pero que la distancia que existía con respecto a la Dirección era insalvable, pues la vida de sus copartidarios de las regiones apartadas de los centros no tenía el mismo valor que la de las grandes figuras. Esa ambivalencia también permitió que el conservatismo legitimara el uso de la violencia por parte de las Fuerzas Armadas, por lo que el desconocimiento de la Dirección liberal frente al proceder de las guerrillas dejó a la

[109] *Semana*, septiembre 27 de 1952, p. 8.

[110] *El Espectador*, octubre 1 de 1952, p. 1.

[111] Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas* (Valencia: Pretextos, 2006).

[112] Una explicación sobre la relación problemático de lo micro y lo macropolítico, puede encontrarse en Diego Alfonso Landinez Guio, *Poder, control y líneas de fuga en Foucault y Deleuze*, Bogotá: Uniediciones, 2020, sobre todo en los capítulos 1 y 2.

[113] Fonseca, *Los combatientes*... 60.

colectividad en una posición peligrosa, ya que desautorizó a sus copartidarios, que confiaban en el liderazgo de sus jefes, y los excluyó del Pacto de octubre. Por otro lado, las Fuerzas Armadas parecían seguir las líneas doctrinales del conservatismo atrincherado en *El Siglo*, pero, en realidad, el descontento con respecto a las presiones del régimen se filtraba entre algunas facciones del Ejército cercanas a Alzate, que en junio de 1953 estarían involucradas en el golpe de Rojas.[114] Incluso Laureano Gómez aceptó un años después, pese a las declaraciones de Urdaneta, que su gobierno no tuvo control sobre las acciones de las Fuerzas Armadas, quienes habían planeado y ejecutado los incendios del 6 de septiembre del 1952.[115] Pero Lucio Pabón Núñez, ministro de Urdaneta en ese momento, negó las acusaciones siendo ministro de Gobierno de Rojas Pinilla y responsabilizó a los allegados de Laureano del crimen contra los liberales.[116]

El Pacto de octubre de 1951 fue, así, una oportunidad para terminar con la violencia bipartidista en Colombia, pero la intransigencia de los Directorios les impidió ver su propia responsabilidad en el conflicto y la ambigüedad de su liderazgo con respecto al conjunto heterogéneo de sus partidos; por otra parte, la reforma constitucional se mostraba como una opción más idónea para el gobierno. En cambio, el diálogo más propicio para los liberales debía estar por encima de la institucionalidad, pero con la fuerza suficiente para influir en la vida política del Estado. Pero el 6 de septiembre acercó la violencia a las élites bogotanas. Las **«**cordiales diferencias**»** cedieron el paso a la amenaza de las armas que, como en tantas ocasiones, actuaron sin la oposición de las fuerzas del orden e, incluso, en connivencia con ellas. Los sucesos que, en este caso, involucraron a los dirigentes de ambos partidos, ya como víctimas, ya como acusados o instigadores, no pudieron dejar, por ello, indiferente a la política del país y evidenció sus múltiples tensiones y resquebrajamientos, como no pudo hacerlo la muerte de miles de militares, guerrilleros y civiles. Solo cuando la plana mayor de los partidos se vio involucrada en los hechos de violencia que sacudían al país el cambio fue inevitable: a la presunta calma conservadora, atravesada por sus propias fracturas y conspiraciones, le siguió el gobierno militar.

9. Bibliografía

Fuentes primarias

Diario de Colombia (Bogotá) 1952.

Eco Nacional (Cundinamarca) 1952.

El Colombiano (Medellín) 1952.

[114] Atehortúa Cruz, «El golpe de Rojas…», 35.

[115] *El Tiempo*, septiembre 6 de 1953, p. 1. Sección especial.

[116] *El Tiempo*, septiembre 6 de 1953, p. 1. Sección especial.

El Espectador (Bogotá) 1952.

El País (Cali) 1952.

El Siglo (Bogotá) 1951, 1952.

El Tiempo (Bogotá) 1949, 1951, 1953.

Fondo Presidencia de la República. Archivo General de la Nación (AGN).

Fondo Unidad Administrativa Especial del Cuerpo Oficial de Bomberos de Bogotá. Archivo de Bogotá.

Semana (Bogotá) 1952

Fuentes secundarias

Alape, Arturo. *El Bogotazo. Memorias del olvido*. Bogotá: Editorial Planeta. 1987.

Atehortúa, Adolfo. **«**El golpe de Rojas y el poder de los militares**»**. *Folios*. 31 (2010), pp. 33-48.

Ayala, César. *Democracia bendita seas: Gilberto Alzate Avendaño liberado 1950-1960*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia: Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Gobernación de Caldas. 2013.

Cano, Guillermo. «La jornada del 6 de septiembre». *El Espectador*. (5 de sep. 2012). https://www.elespectador.com/judicial/la-jornada-del-6-de-septiembre-article-372849/

Cómo fue el incendio de las casas de Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López (Plan premeditado y dirigido por Álvaro Gómez, Luis Ignacio Andrade y Urdaneta, ¿o explosión espontánea de cólera policial?). Bogotá: Documentos polémicos de América. 1976

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas*. Valencia: Pretextos, 2006.

Fonseca, Eduardo. *Los combatientes del Llano 1949-1953.* Bogotá: Universidad Incca, 1987.

Franco, Eduardo. *Las guerrillas del Llano*. Bogotá: Planeta, 1994. [1955]

Gómez, Laureano. *Comentarios a un Régimen*. Bogotá: Editorial Minerva, 1934.

Henderson, James. *Cuando Colombia se desangró. Una historia de la Violencia en metrópoli y provincia*. Bogotá: El Áncora Editores, 1984.

Henderson, James. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889-1965*. Trad: Magdalena Holguín. Medellín: Universidad Nacional. 2006 [2001].

Iriarte, Alfredo. *Historias en contravía: el horrendo quinquenio (1949-1953)*. Bogotá: Intermedio. 2005.

Landinez Guio, Diego Alfonso. *El fuego que consumió el pacto bipartidista*. Bogotá: Universidad La Gran Colombia, 2025.

Landinez Guio, Diego Alfonso. *Poder, control y líneas de fuga en Foucault y Deleuze*. Bogotá: Uniediciones, 2020.

Lleras Restrepo, Carlos. *Crónica de mi propia vida*. Bogotá: Círculo de lectores. Tomo XI. 1983.

Martz, John. *Colombia. Un estudio de política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional. 1969.

Ministerio de Gobierno. *Estudios constitucionales*. 2 tomos. Bogotá: Imprenta Nacional, 1953.

Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de estudios políticos colombianos. 1978.

Pécaut, Daniel. *Orden y Violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá: Siglo XXI. 1987.

Presidente de Colombia. *Un año de gobierno 1950-1951*. Bogotá: Imprenta Nacional. 1951.

Romero, Roberto. «El 6 de septiembre de 1952 o la fiesta de los pirómanos». http://centromemoria.gov.co/ (6 de sep. 2013). http://centromemoria.gov.co/el-6-de-septiembre-de-1952-o-la-fiesta-de-los-piromanos/?lang=sp

Santos Molano, Enrique. «La historia de un sábado en llamas para la prensa colombiana». *El Tiempo* (6 de sep. 2012). http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12198201

Urán, Carlos. *Rojas y la manipulación del poder*. Bogotá: Carlos Valencia editores. 1983.